

LA RUTA JACOBEEA

AL TRAVES DE LA PROVINCIA DE BURGOS

ALONSO DE CELADA

Una Estrella, sobre un paraje agreste y solitario, próximo a Iria Flavia (Padrón), deslumbrado por un resplandor de lumbreras en las tinieblas de la noche, señaló al obispo Teodomiro en el año 814 el lugar del sepulcro del Apóstol Santiago el Mayor.

El descubrimiento causó sensación en Europa y los relatos embellecieron la tradición del viaje de los siete discípulos que con Santiago habían evangelizado España, y el transporte de sus restos, salvados del martirio sufrido en Jerusalén, hasta las rías de ensueño que festoneaban el litoral de Galicia para que pudieran descansar allí y ungir con sus prodigios la tierra de su apostolado.

La invención del Cuerpo Santo expandió una onda emocional por el reino cristiano de Asturias, cuyos monarcas crearon en el Campo de la Estrella la ciudad e iglesia de Santiago, ennoblecida en sus blasones con una urna o sarcófago «Arca marmórica», y sobre ella la Estrella en altura, expresiva del anhelo jacobeo.

Y la resonancia espiritual comenzó a movilizar en tierras lejanas del occidente europeo a grupos de cristianos «peregrinos jacobistas», movidos por el ardor evangélico a reverenciar las reliquias del Apóstol, indiferentes a las fatigas de las jornadas, al desamparo de los campos abandonados y a los peligros de los caminos inseguros,

Estos se incrementaban en España, en los parajes próximos a tierras dominadas por los musulmanes, por lo que las primitivas corrientes jacobeanas buscaron la seguridad de sus rutas por atajos y senderos extraviados de las comarcas montañosas de Alava y Asturias.

El arzobispo don Rodrigo atribuía la fundación de Burgos en el año 884 a la necesidad de liberar la ruta de Santiago de la amenaza de irrupciones musulmanas, propósito logrado en realidad, al ser conquistada

Nájera en 923 por Ordoño II de León y por éste entregada a Sancho Garcés I de Navarra.

Desde Nájera, los devotos del Apóstol buscaban la vía romana de Aquitania (de Burdeos a Astorga), que alcanzaban en las inmediaciones de Briviesca, itinerario mejorado por el conde Sancho García (995-1017), por tierras de Briviesca y Burgos, al ser abandonadas, por la detestable calidad de sus aguas, las zonas de Cerezo de Ríotirón y Quintanilla San García, entre Nájera y Briviesca.

Por estos viejos caminos volaban ya, a mediados del siglo X, eccs de fervores jacobeos. El obispo de Puy Gotescale, el más antiguo peregrino francés del que se tiene noticia, visitaba la casa del Apóstol en el año 951, y varios años después llegaba a ella el arzobispo de Tarraco Cesáreo, para impetrar la bendición sobre las iglesias de su provincia eclesiástica, en las cuales estaba Auca, asolada a la sazón por la morisma.

Y florecían leyendas engarzadas en la realidad histórica de los primeros días de la Castilla Condal, a lo largo de la ruta de peregrinación, henchidas de poéticas sugerencias e inspiradas en el gesto caballeresco del Conde lombardo para mover a la Condesa Sancha a libertar al Conde Fernán González en su prisión de Castroviejo o en la condesa francesa Argentina, romera del Apóstol y esposa infiel del Conde castellano García Fernández, cuyo hogar abandona en Burgos, seducida por un Conde compatriota suyo que se la lleva a su país, desventura que impulsa al castellano, en disfraz de mendigo y simulación de peregrino de Rocamador a la persecución de los adúlteros, a los que da muerte en el castillo en que moraban, con la complicidad de la hija del Conde francés, tasciada por el hechizo de las bellas manos del mendigo, con el que vuelve a Burgos para convertirse en Condesa de Castilla.

En el siglo siguiente, Santo Domingo de la Calzada y San Juan de Ortega, natural de Quintanaortuño, fueron los verdaderos artífices del Camino de Santiago o Camino Francés por estas tierras burgalesas, patria de encumbrados linajes con aureola de santidad.

Desde que Santo Domingo, muerto en 1109, construyó el puente sobre el río Oja y surgió el primitivo caserío de la Calzada, la ruta de peregrinación se enderezó hacia Belorado y Montes de Oca, rumbo a Burgos, despejado en varios de sus tramos por los trabajos de San Juan de Ortega.

Este camino tenía un precedente en la antigua calzada que desde Nájera y Grañón seguía hacia Belorado y Oca, mencionada en el año 971, en la documentación de Cardeña «in Camino publico que venit de Naxera a Villa Vascones» (San Medel).

A fines del siglo XI, la ruta encauzaba la corriente jacobea pues en

el año 1084 el lugar de Tosantos, entre Belorado y Villafranca, se menciona situado junto al Camino francés.

La peregrinación, de rango internacional, tuvo una organización y propaganda a cargo de los benedictinos de la poderosa Abadía de Cluny, y una guía de la peregrinación en el famoso Códice Calixtino (Libro V) de principios del siglo XII, de inspiración cluniacense, escrito por el que había de ser Papa con el nombre de Calixto II.

Con franceses, alemanes, ingleses, italianos... aires de la lejana Europa soplaban a lo largo de sus etapas, con incitaciones a nuevos estilos de vida, a modalidades literarias y artísticas, a técnicas de artesanía y alardes suntuarios de lienzos, paños y deslumbrantes brocados, en ondas de una expansión comercial que a la sombra de las peregrinaciones se expandía, imprimiendo un acento europeo a las villas y ciudades asentadas al borde del Camino, donde muchos peregrinos se acercaban, en calles denominadas de Francos, propicias a la expansión y popularidad de la epopeya francesa e igualmente a la proyección hacia Francia por esa «ruta de la civilización» de los productos de nuestro genio nacional, que, como el admirable Apocalipsis de San Severo, tan hondos reflejos tuvo sobre la iconografía del románico francés.

Durante siglos, un anhelo espiritual corrió a lo largo de la ruta jacobea, con aliento hacia la tumba del Apóstol, de multitud de peregrinos incorporados al paisaje, en el que ponían una vibración humana, fugitiva, en la infinita soledad del camino.

Su silueta tradicional, hoy perdida, se acusaba fácilmente por las veneras cosidas a su sombrero y esclavina, conchas del mar céltico que constituían un blasón, repartido copiosamente entre los seres de horizontes más dispares y se completaba con el bordón, bastón alto, símbolo del impulso sostenido y alivio de cansancios de agotadoras jornadas.

Al amortiguarse la Fe, la silueta, ya evanescente, desapareció ante el polvo del camino.

BE L O R A D O

En los umbrales de la primitiva Castilla, el camino de Santiago asomaba por Grañón, para penetrar por Redecilla del Camino, Belorado y Tosantos, en comarcas dependientes del castillo de Cerezo de Río Tirón, que, en unión del de Grañón, daba en el año 936 títulos condales al fun-

dador de Castilla, Fernán González. «Comes tenentem Castellam et Cerezo et Granionem».

Redecilla del Camino, el primer lugar de la tierra burgalesa de hoy, asentado al borde de la tierra jacobea, guarda una pila bautismal del siglo XII, de vaso levantado sobre un haz de cortas y robustas columnas, cuajadas en la convexidad de la copa de motivos románicos: lóbulos, arquerías, edículos o torrecillas orientalizadas.

A corta distancia Castil Delgado, conocido en la Edad Media con el nombre de Villaipún, y recordado, arqueológicamente, en nuestros días, por el políptico gótico del siglo XIV, guardado en el Museo Marés, de Barcelona.

El camino, en su dirección Oeste, alcanza un valle surcado por la corriente del Tirón, en cuya margen derecha se extiende el caserío de Belorado. Si el espíritu humano se recrea en la intimidad cercana de márgenes frondosas, de lozanas arboledas y de huertas fecundadas por las aguas del Tirón y su afluente el Retorto, la impresionante belleza de una brava orografía, le eleva y fortalece, al descubrir hacia el Sur lejanas perspectivas, culminadas por los macizos y neveros de la Sierra de la Demanda.

Belorado, mencionado en el año 945, durante el Gobierno del Conde Fernán González, es localizado con precisión geográfica por el monje de Arlanza, al referirse a la liberación del Conde de la prisión en que le tenía aherrado el Rey de Navarra.

«Llegaron de venida todos a Bilforado.

Aquesta villa era en cabo del Condado. (Poema de Fernán González»).

Lugar fronterizo en el extremo de Castilla, codiciado, amenazado y combatido constantemente por Navarra: Belforad, Belliforato, Belfurado... respondía en su significación popular de «forado (agujero) de guerra» a un paraje propicio para el fulminante rebato y las incursiones sangrientas, sin que su renacer del año 1116, con los fueros concedidos por Alfonso I de Aragón, esposo de doña Urraca de Castilla, no hiciese más que confirmarles, de acuerdo con la falta de armonía de aquel matrimonio tan lamentablemente desavenido y fracasado para los futuros destinos de España.

A través de la villa, el camino de Santiago encauzaba la riada de peregrinos hacia el sepulcro del Apóstol; algunos de éstos, extranjeros, se avecindaban en ella, aludidos en el Fuero con la frase de «mis fieles francos», enaltecidos con la prerrogativa de tener jueces propios, y beneficiados con alivios y caridades en hospederías, construídas para estos incansables caminantes.

Pero más que el signo jacobeo, era el acento guerrero el que impregnaba el ambiente de Belorado, dada la codiciosa persistencia del acecho

navarro, frenado por Alfonso VIII de Castilla; mas cuando éste cesó con el arbitraje de Enrique II de Inglaterra, nuevas perturbaciones conmovieron la existencia de la villa, con desastres provocados por la nobleza castellana, al iniciarse el reinado de Alfonso III el Santo, en 1217.

Los protagonistas, orgullosos señores del linaje de Lara, acaudillados por Alvaro de Lara, héroe de la batalla de las Navas de Tolosa, multiplicaron las violencias que alcanzaron a Belorado, entrado a saco con matanza de moradores y expoliación de haciendas, que dejaron medio des poblada a la maltratada villa, y aunque las mesnadas del magnate fueron deshechas y él mismo reducido a prisión por Fernando III, la sanción se eclipsó por la generosidad del Monarca, al perdonarle y respetarle la posesion de heredamientos que poseía en Belorado, donados más tarde por sus sobrinos, hijos de Fernando de Lara, a la Catedral de Burgos, en 1242.

Una nueva puebla intentada en tiempos de Alfonso X, en 1255, fue seguida de un desastre poco conocido, pero vivo en el recuerdo de Alfonso XI, que nos da cuenta de cómo los vecinos de «Vilforado, estando destruido y quemado en vida del Rey don Sancho (1284-1295) le tomaron, poblaron y defendieron a su costa», rehaciéndose con tal rapidez que en 1291 se separía a la judería de Belorado una importante cantidad de maravedís.

Mas la dureza de estos tiempos volvió a golpear a la villa, convertida en 1366 en estampa de desolación, con la ferocidad de un saqueo y cortejo de matanzas, robos e innobles excesos, llevado a efecto por los aventureros de las Compañías Blancas, auxiliares del bastardo Enrique de Trastamara, contra el Rey Pedro I de Castilla.

Vencedor el de Trastamara y convertido en Enrique II de Castilla, dió la villa de Belorado, en señorío, a su hermano, el conde don Sancho, muerto en Burgos en 1374, sucediéndole su hija doña Leonor, llamada la «Rica Hembra», más tarde Reina de Aragón, como esposa de Fernando I; el señorío recayó en un hijo de éstos, llamado don Juan, uno de los «Infantes de Aragón», presunto Rey de Navarra, agitador y turbulento en Castilla, por lo cual mereció ser desposeído del señorío por Juan II de Castilla, quien hizo merced de la villa de Belorado, en 1430, a Pedro Fernández de Velaseo, conde de Haro e inmediato antecesor de los Condes tables de Castilla, de la familia Velasco.

Estos señoríos ostentosos, muy sensibles, por otra parte, al paso del tiempo, tendían a eliminar el gesto hostil del ambiente atormentado por hombres de armas y mesnaderos, para desembocar en un paisaje más humanizado, más grato al paso de peregrinos y al rumor de sandalias jacobeanas.

Y la afluencia de piadosos caminantes no se interrumpía por el Ca-

mino de Santiago, tendido en Belorado sobre el puente del Canto, cuya reedificación en el año 1351, daba consistencia a sus arcadas y defensa al puente, por una torre o cadalso medieval,

Antes de hallar el descanso en la villa, el peregrino podía reparar sus fatigas en el hospital adosado a la iglesia de Belén, hoy ermita, y, dentro de ella, en los de la Misericordia, Santa Catalina y San Lázaro, y estimular sus inclinaciones espirituales en un plantel de iglesias que, como San Miguel, San Mattín y San Llorente, seguían pagando préstamos en el primer tercio del siglo XV, si bien poco después desaparecieron; destino que alcanzó a la románica de San Nicolás, cerrada al culto hace años, después de una decrepita ancianidad, profanada con feos enclados y lamentables embadurnamientos.

Otras hoy existentes, como San Pedro y Santa María de la Capilla, recogen todo el pasado espiritual de la villa, diluido arquitectónicamente en restauraciones sin cuento, con pérdida de su primitiva fisonomía. En el portal de la iglesia de San Pedro, situada en la plaza Mayor, de típicos soportales, se congregaban los vecinos en Concejo, y en su interior se guardaban los privilegios de la villa, desaparecidos en el saqueo de las Compañías Blancas. En la de Santa María de la Capilla, por servir como tal al Castillo, reducido hoy a un montón de escombros, convergía la simbología jacobea con retablos del Apóstol, imagen de Santiago, obra, en 1441: de pintores burgaleses, y un primoroso grupo de Santa Ana; cautivadora de devociones por estos rumbos de peregrinación, a partir del siglo XV.

Al poniente de la villa, Nuestra Señora de Bretonera y su Comunidad de Clarisas, conserva en bellas tablas de pintura burgalesa escenas de la vida de Santa Clara, tan adentrada en la Casa Velasco, cuyas armas se estampan en el recinto del convento.

Desde su lejanía histórica, los aspectos característicos de la vida de Belorado se engarzan en armoniosa síntesis: tradición guerrera, personificada en las fortaleza de su castillo y el vuelo alto de la Estrella, expresivo de anhelo jacobeo; piezas o figuras esenciales del blasón de Belorado, a juzgar por el sello de cera utilizado por su Concejo en el año 1302.

Montes de OCA:

VILLAFRANCA

Al salir de Belorado, el camino de Santiago penetra en la vieja demarcación de Montes de Oca, alusiva al tramo de la Cordillera Ibérica, deslindada entre las alturas de la Brújula y los robustos y elevados macizos de la Demanda.

Estas elevaciones rocosas, tapizadas de brezos y helechos y cubiertas de espeso robledal, determinan la divisoria de aguas entre los ríos Ebro y Duero.

Alejada en la antigüedad de las vías frecuentadas, dejó entrever en el siglo VI, a través de nieblas impenetrables, la ciudad y sede de Auca=Oca (localizada en las inmediaciones de Villafranca), cuyo primer obispo, auténtico, Asterio, asistió al Concilio tercero de Toledo, el año 589.

La invasión musulmana ahogó en el silencio el pobre desarrollo de esta tierra visible, un momento, en la relampagueante cabalgada de Alfonso I de Asturias y en la existencia, inexplicable, del monasterio de San Miguel de Pedroso, tan difícil de justificar en el siglo VIII.

Puede admitirse, en el aislamiento y fragosidad de la tierra, la posibilidad de un refugio a las bandas de combatientes cristianos, cuya subsistencia se aseguraba con una ganadería fácil de salvaguardar en los montes encumbrados y en los abruptos desfiladeros, identificados con una milenaria tradición de pastoreo, al amparo de tenadas azotadas por nevascas y ventiscas, con fondo de soberbias montañas, finos pastos de roqueda y espesuras de hayedos y robledos, madrigueras, por otra parte, de fieras y alimañas que perfilaban una estampa cinegética de fuerte colorido y viriles resonancias.

Los osos se cazaban en el siglo XIV, en las gargantas de Santa Cruz del Valle, en el verano, y en el tiempo de las oseras, en el nacimiento del río Tirón y hayedos de Pineda; por estos mismos parajes corría el jabalí «puerco» y sus cacerías se extendían por Halariza (Alarcía), Herramel, Uzquiza, Villafranca, La Mata de Sant Illán, próxima a San Juan de Ortega... En cuanto al lobo, no obstante el odio mortal del campesino, subsiste por las asperezas de estos breñales de Montes de Oca, testigos de reiteradas batidas que no logran exterminar a estas alimañas, terror de la ganadería.

A estos parajes de pastores, ganaderos y cazadores, se asomó el peregrino, numeroso, a partir de la época de Alfonso VI de Castilla, propul-

sor, con sus amigos los monjes cluniacenses, de las devotas expediciones al santuario del Apóstol.

En el año 1084, el conde de Vizcaya, don Lope Iñiguez, casado con doña Ticlo, hija de don Diego Alvarez, Señor de Oca, permutaba una propiedad con el abad de San Millán de la Cogolla en el lugar de Tosantos «iuxte caminum de francos» y la presencia del señor de Vizcaya en la comarca esmaltada de nombres eúskaros, no es para pasar desapercibida.

El camino ascendente, más movido en alturas y más apretado en vegetación, alcanza rápidamente a Villambistia, pequeño lugar de la jurisdicción de San Juan de Ortega, primer obispo de Almería y provisor de Villafranca, suntuosamente enterrado en el convento de Santa Dorothea, de Burgos, quien, en 1495, recurrió ante los Reyes Católicos para invalidar un acuerdo suscrito por los de Villambistia y Tosantos, aldea o barrio por entonces de Belorado y del señorío de don Luis de Velasco, que al autorizar un derecho común de pastos entre ambos lugares, imponía a los vecinos de Tosantos que entraran en el monte de Villambistia a cortar madera, la leve sanción de seis maravedís por cada pie de haya o roble y con el pretexto de la multa tan corta, dado el elevado precio alcanzado por la madera, los de Tosantos talaban materialmente el monte, con riesgo de que Villambistia se despoblara y el hospital de Villafranca perdiera los recursos de madera y leña para mantener la obra pía que en él se hacía a los «romeros o peregrinos que pasan por el dicho hospital».

Poco antes de llegar a Villafranca Montes de Oca surgen en la ruta jacobea, a 950 metros sobre el nivel del mar, las ruinas del monasterio de San Félix de Oca, protegido en el año 869 por el conde Diego Rodríguez Porcelos, diluyéndose en etapa milenaria, sus restos inexpresivos de estilo visigodo.

Villafranca, con un acento marcial de fines del siglo XIII, protagoniza durante la anárquica minoría de Fernando IV la arrogancia de uno de los gestos más nobles de la historia burgalesa.

La villa, donada anteriormente por el rey Sancho IV a doña Juana de Lara y convertida por los Laras en uno de los focos de rebelión contra el joven Soberano, incitó a la ciudad de Burgos a la defensa del Rey y al sosiego del Reino, movilizando la milicia municipal armada con «ingenios» o máquinas bajo el pendón de la Ciudad, contra la madriguera nobiliaria que, cercada y combatida, hubo de entregarse a los burgaleses, honrados por Fernando IV en 1299 con la posesión de Villafranca.

Breve fue el señorío de la Ciudad. Claudicó el Monarca, ante la presión de la Nobleza y la villa volvió a doña Juana, que en 1306 labraba en ella elementos defensivos contra la voluntad del Rey de Castilla.

Un fluir constante del movimiento jacobeo, a lo largo de la calle típicamente santiagoesa de Villafranca, rozaba en el ambiente de la villa con una extraña amalgama de gentiles mitologías y de fermentos supersticiosos de enigmático aboloro y oscuro colorido. En sus proximidades se mencionaba en el año 945 la fuente de Lamiturri, evocadora en vascuence de las «lamias», ninfas o náyades, que ponían en los ríos y en las fuentes por ellas habitadas, el acento encantador de risueñas paganías. Siglos después, el visitador de la Iglesia prohibía, en 1551, que llevasen criaturas a que las santiguasen, curasen mal de ojo y otras enfermedades con fórmulas mágicas de signo hechicero, castigándose a los hombres y mujeres dedicados a estas supersticiones con pena de excomuniación y multa de veinte ducados, condenación que alcanzaba en 1564 al Concejo y vecinos por celebrar la festividad de Santiago comiendo y debiendo escandalosamente en el cementerio de la iglesia de Villafranca.

Como hito esencial en la ruta compostelana, el hospital de San Antón, creado en Villafranca por la Reina doña Juana Manuel, esposa de Enrique II de Castilla, data probablemente del año 1380, pero hay que llegar al 1383 para asegurarse, con un diploma de Juan I (hijo de la fundadora) de los privilegios gozados por el hospital y los vasallos de sus aldeas, eximidos del pago de maravedís, del transporte de pan a Santander y de la entrega al rey de galeotes, hacheros, herreros y carreteros.

De su construcción inicial en el siglo XIV, nada queda, y de sus fondos artísticos, incrementados en la fundación real, sólo subsiste un valioso portapaz, con escena de esmalte, de los Desposorios de Santa Catalina, bajo un arco conopial engrelado, debido seguramente a la proverbial esplendidez del provisor de Villafranca, don Juan de Ortega (fines del siglo XV).

La rica dotación y espíritu de caridad del hospital de la Reina, como le designaba el itinerario alemán del siglo XVI, alcanzó renombre entre la muchedumbre de peregrinos beneficiados de su generosa solicitud, divulgada gentilmente por ellos, en todos los idiomas europeos.

SAN JUAN DE ORTEGA

Desde Villafranca el camino ascendía entre espesuras de hayas y robles, hasta culminar la divisoria en alturas próximas a las 1.500 metros, para descender en un valle alfombrado de brezos y gamones, con aguas de un hontanar, que señala los orígenes del río Vena.

Valdefuentes puso aquí una vibración jacobea, aún no extinguida, en las ruinas de una iglesia gótica de fines del siglo XIII, con ventanales cegados y bóvedas recorridas por nervios, apoyados, sobre ménsulas, en cabezas humanas.

La soledad planea sobre lo que fue poblado, iglesia y hospital de Valdefuentes, con olvido del señorío de Fernando Pardo, concedido por Alfonso VIII e ilustrado en el año 1187 con el fuero llamado de homicidio.

Y en esta soledad acompaña a la vía compostelana (hoy carretera de la Rioja) en sus descensos de Montes de Oca, abiertos a horizontes apretados de robleal.

Desde la hondura de las barrancas pródigas en pastos, el árbol fuerte trepa por las vertientes, corona las cumbres y ciñe, en cerrada espesura, la carretera, inclinada en curvas interminables, sumergidas en silencios medrosos, con débiles ecos, en el siglo XVIII, de cantos jacobeos, y frecuentemente asaltada por malhechores de siniestro renombre, del tipo de Mateo de las Eras, cuatrero y asesino, cuya captura exigió, en 1749, la movilización de pueblos y alcaldes de la Hermandad de Montes de Oca, y la de una numerosa banda de rufianes que, en 1794, caían ruidosamente sobre Villafranca, dejando desnudo el hospital, en mortal sobresalto al administrador y dementado al limosnero.

La soledad: agrandada por el silencio, convertía en paraje propicio para todo género de fechorías, la desamparada largura de quince kilómetros, entre Villafranca e Ibeas de Juarros.

En Ibeas se despejaban en lejanías los neveros invernales de la Demanda, y a través de ellos, parecían surgir de extraviadas sendas de Montes de Oca, devotos del Apóstol, que daban reputación jacobea, en 1192, al vecino lugar de Arlanzón. «Instrata publica peregrinorum».

El Monasterio de San Cristóbal de Ibeas, abría para los romeros de origen francés, con un reverdecer de nostalgias, esperanzas de dulces cordialidades ya que don Gutiérrez Fernández de Castro, poderoso magnate de la Corte de Sancho III y de Alfonso VIII, fundador del monasterio, había traído, hacia 1170, de Francia, los monjes, misales y libros del nuevo convento premostratense.

El camino de Santiago daba vista a Burgos al aproximarse a Villayuda, «Villa de Aiub», cercada por la inmensa tristeza de su lazareto de Malatos».

En el siglo XII la ruta jacobea se bifurcaba, a partir de Valdefuentes, por un nuevo trazado, seguido por las márgenes del arroyo Robregordo, brazo del alto río Vena, hacia las inextricables espesuras de Oca, dominadas por bandas de ladrones y forajidos que, como sedimentos impuros de las guerras entre castellanos y navarros en los siglos XI y XII, seguían

adheridos a esta comarca, con evidente peligro para viajeros y peregrinos del Camino de Santiago, que los Montes de Oca atravesaba.

Y en este fondo sombrío, donde tantos ecos trágicos se han apagado, al extinguirse en sangre vidas miserables, es donde adquiere relieve de alta humanidad la venerable silueta de don Juan de Quintanaortuño, nacido en este lugar hacia el año 1040, constructor, como su maestro Santo Domingo de la Calzada, de puentes y calzadas, y arquitecto en las desbrozadas malezas de Ortega, de iglesia y hospedería, refugio espiritual de almas conturbadas; moradas de paz y de caridad, presididas por la Cruz, bajo cuyos brazos se hermanaban los hombres de variadas razas y de remotas regiones.

De sus rutas de piedad por tierras de Jerusalén, trajo el varón ejemplar fervores a San Nicolás, angel tutelar para navegaciones despejadas de tormentas, y en su honor labró una capilla para sus reliquias y una iglesia monasterial de San Nicolás, en el realengo de Ortega, recibido en el año 1142, de Alfonso VII de Castilla.

Apenas alcanzaba la iglesia, en su erección, el arranque de las bóvedas, cuando moría, en 1133, don Juan de Quintanaortuño, Señor de Ortega, dejando organizados, bajo la regla de San Agustín, a sus compañeros, tan amantes de la paz como de las soledades de Montes de Oca.

Cortando laderas del monte, desciende la cerca, deslindando boscajes, prados y tierras de labor, y ante la explanada de unas eras sombreadas de corpulentos nogales, se levantan las construcciones monasteriales de San Juan de Ortega, servidas desde el año 1431 por monjes jerónimos, traídos de Fresdelval por el obispo de Burgos, don Pablo de Santamaría, Su sucesor, don Alonso de Cartajena, costeó la terminación de la iglesia, iniciada por San Juan, con el tendido de las naves y pie del templo, labor encomendada, en 1545, al maestro de cantería Fernández de Ampuero, bajo el signo heráldico de la Flor de Lis, blasón de los Cartagenas, que campea en la portada gótica, plumiza y desnuda, envuelta en la crepuscular melancolía de un sol en agonía, que deja sus últimos rayos prendidos en la callada serenidad del roble.

Cerrada la iglesia, hay que buscar acceso por la capilla sepulcral de San Juan, cuyas cenizas descansan en el centro de la nave, en arca cubierta con estatua yacente, apenas entrevista a través del pabellón o baldaquino que materialmente la oculta y la abruma con exuberancia monumental, enmascarada en la crudeza de colores detonantes que todo lo invaden, desde los frondosos arcos conopiales hasta los ángeles de las cesterías con los blasones del Conde de Haro, don Pedro Fernández Velasco, donante del sepulcro, poco tiempo antes de la visita que hizo al monasterio Isabel de Castilla, en el año 1477.

En comunicación con un claustro desmantelado, traspasado de frialdad sepulcral, la iglesia monasterial abandona sus ámbitos vacíos al refugio de avejillas, familiarizadas con la Flor de Lis, colgada de las claves de las bóvedas. El blasón de los Cartagenas respalda aquí, exclusivamente, la labor desafortunada de sus tres naves del siglo XV, achicadas inconcebiblemente en longitud. Desproporción que contrasta con la monumentalidad y belleza de los elementos primitivos de la cabecera: ábsides y naves del crucero, con pilares de diez y ocho columnas formando haz, capiteles de toscas palmas y piñas y personajes de candorosa inexpresividad, rígidos, pesados, inmóviles, que intervienen en escenas de la vida de la Virgen: interpretadas con un acento romántico de transición de fines del siglo XII.

Desde el dorado de los rastrojos y desde las malezas de espinos, zarzamosas y ortigas, que justifican el nombre de Ortega a través de los siglos, se contemplan los ábsides, de magnífica prestancia el central, ceñido de contrafuertes cilíndricos o robustas columnas, con sus capiteles en ascenso a la curva de los canecillos, enmarcando en cada paño, el volteo de doble arquería suspendida en contrafuertes o columnas de fuste más ligero, asociados a los primeros.

En este eremitorio de Montes de Oca, erigido para la paz y nimbado por aromas de caridad, quedó impreso el eco y perfil del caballero de Quintanaortuño, Santo en altas claridades celestiales y Señor de estos agrestes despoblados de Ortega.

Burgos - San Lesmes - Hospital de San Juan

Por el levante llegaban a Burgos las rutas de peregrinación, convergiendo en Gamonal, el camino propiamente francés procedente de Montes de Oca, con la antigua calzada romana de Burdeos a Astorga, que en su tránsito por Rubena se denominaba, en el año de 1047, 'uia francisca'.

A la entrada de la ciudad, Alfonso VI, en el último tercio del siglo XI, había construido, en honor de San Juan Evangelista, una capilla con sepultura y hospital, para peregrinos santiagueses, y, en el interior de la población, la iglesia de Santa Coloma se convertía, por donación del monarca, en priorato de la orden benedictina de Cluny, por la que sentía

verdadera predilección, manitestada en sorprendentes liberalidades hacia el famoso monasterio francés, cuyo abad, San Hugo, recorría en el año 1090 el reino de Castilla, gara recoger donativos destinados a la construcción de su iglesia.

La fuerte corriente de simpatía del Rey castellano hacia el país vecino, se acrecentó con la de su esposa la Reina Constantina, hija del duque de Borgoña y nieta del Rey de Francia, Roberto el Piadoso, a quien corresponde la iniciativa de llamar a un monje francés nacido en Loudum y llamado Adelelmo, abad dimisionario de Chalse-Dieu, en la diócesis de Clermont.

El monje llegó a Burgos en 1083, desentendido de prestigios y de guerreros alardes de su juventud, pero con aureola de santidad, para ornato y edificación espiritual de la Corte y como testigo de excepción en empresas militares, que culminaron en la conquista de Toledo, en mayo de 1085.

La silueta del santo varón y del inseparable borriquillo que le acompañaba, acentuaba, en su candorosa sencillez, una nota de humildad, que chocaba, con el gesto altanero y duro de los magnates castellanos.

El contraste, le alejó voluntariamente de la Corte, retirándose a Burgos, donde recibió de los monarcas, en 1091, la mencionada capilla de San Juan Evangelista, con su hospital de peregrinos, inmediato a un monasterio terminado por Alfonso VI en el mismo año, en honor de San Juan Bautista, destinado a la vida monacal del monje Adelelmo.

Este, al frente de la comunidad monasterial, despertó fervores y polarizó la fuerza de piadosos anhelos en el alivio de enfermos y dolientes, en agotadoras jornadas de la ruta jacobea.

A su muerte, en 30 de enero de 1097, fue sepultado en la capilla de San Juan Evangelista e invocado con acento tutelar por los moradores de su ciudad de adopción, cuyo lenguaje popular alteró el nombre de Adelelmo, convertido en el siglo XIII en Sant Alesmes, título de la iglesia en su honor levantada, cuya advocación alejaba y diluía en el tiempo la primitiva de San Juan Evangelista.

El monasterio de San Juan Bautista, del cual fue el primer prior, favorecido por Alfonso VII, siguió las huellas del fundador en sus prácticas de caridad con pobres y peregrinos, acogidos con desinteresada solicitud, independientemente del primitivo hospital anejo a la capilla del Evangelista, del cual no tenemos más que una escueta alusión a su existencia en el año 1270.

Al eclipsarse este hospital surgió otro denominado de los caballeros, al borde de la calzada santiaguesa procedente de Gamonal y a cortísima distancia del monasterio de San Juan. Su fundación y dotación corrió a

cargo de don Miguel Esteban, del Huerto del Rey, y de su esposa Órúsenda, hacia el año 1283, y el sostenimiento a la Cofradía de Caballeros, instalada en Santa María de Gamonal.

Muchos años después, en la pared de la huerta de la Tesorera, que miraba a las Calzadas, se alzaba la imagen de Nuestra Señora, con una cartela alusiva a las casas que allí sirvieron de hospital, desde el año 1323 hasta su desmoronamiento, y en memoria de éstas y de sus fundadores los Caballeros colocaron la inscripción en el año 1623.

El silencio sobre el primitivo hospital de San Lesmes, se enlaza con una sensación de decadencia o relajamiento de su Comunidad, reducida en el primer tercio del siglo XV a tres o cuatro monjes, presididos por un prior, al que fue preciso destituir y encerrar en la cárcel eclesiástica Santa Pía, con intervención directa del Pontífice Eugenio IV que, en 1436, eximió al monasterio de San Juan de la dependencia a la matriz francesa de Chaise Del, sometiéndose la nueva comunidad a la sujeción de San Benito, de Valladolid.

El monasterio dignificado fue, en realidad, reconstruido, a costa de enormes dispendios, entre los años 1440 y 1460, por el historiador burgalés Alvar García de Santa María, hermano del obispo don Pablo, y tío del gran prelado Alonso de Cartagena.

La obra de restauración del monasterio implicaba el renacimiento del primitivo hospital de San Lesmes, exigido por la creciente densidad de los grupos de peregrinos que por sus puertas pasaban, logrado en 1479 por bula fundacional del Papa Sixto IV, que estimulaba con gracias espirituales la caritativa inclinación de los burgaleses, arraigada a través de los siglos, con el clásico donativo al hospital de «florín de oro del cuño de Aragón».

Su finalidad humanitaria tuvo en un principio el gentil reflejo de una inquietud cultural, satisfecha en el año 1509 por los libros de un capellán, ofrecidos a la lectura e instrucción de sus lectores, y sujetos con cadenas en la librería del hospital.

Su momento de plenitud se afirma con el sostenimiento, en 1568, de tres amplias salas o enfermería para hombres, mujeres y contagiosos, con un total de sesenta camas, asistidas de médicos, cirujanos y enfermeros, con la colaboración de una farmacia de resonancia nacional, desde la llegada, en 1563, del experto boticario Fr. Tomás, de Paredes de Nava, afamado en la composición de la Triaca Magna de Andrómaco, y habilísimo en la elaboración de medicinas y drogas, cuya venta proporcionó los recursos necesarios para levantar de nuevo la botica, con sus reboticas, solana para las drogas, aposentos altos, solaz de huerta, adorno de fuentes y profusión de almireces y morteros de jaspe, alquitaras de vidrio y cobre...

y los prestigios de su farmacopea se acrecentaron con la administración del monje Fr. Esteban de Villa.

Ruinas y escombros evocan los desaparecidos monasterio y hospital, en la plaza de San Juan. Del primero, se yergue la fea y maciza pesadez de la torre monasterial, que oculta a sus pies la armoniosa capilla de Monserrate. Del segundo, la portadita del hospital, con el encanto expresivo de sus finas labores y de su prestancia heráldica, sobre el vuelo angrelado del arco gótico de fines del siglo XV o principios del XVI.

Hasta días muy recientes, la claridad solar se remansaba en la plazuela, condenada a la soledad por el silencio que brota de todas las ruinas. Ella encauzaba hacia el interior de la ciudad los grupos abigarrados de peregrinos, traficantes y recueros que llegaban por las calzadas o Camino francés. Hoy el silencio ha huído, ante la animación y ruidoso tránsito que llega por las Calzadas, con pregones de la nueva era industrial.

A través de las calles burgalesas

La entrada en Burgos por las calzadas santiaguesas, imponía a los peregrinos una obligada detención en la plazuela formada, a fines del siglo XI, por la capilla y hospital del Evangelista (San Lesmes) y monasterio de San Juan Bautista, desplegada ante un puente sobre el río Vena, que enfilaba la puerta y torre de San Juan.

El puente de hoy sucedió al que se llevó la inundación del año 1527, siendo rematada la obra en 1559, por el maestro de cantería Ochoa de Arteaga. La sencillez de la construcción se adapta a la modestia de su decoración, con el bajo vuelo de sus leones encapitelados y desfigurados por el tiempo.

La puerta y torre de San Juan, muy anterior al cinturón amurallado de la ciudad, defendía y guiaba hacia el interior la marea creciente de peregrinos. En el año 1255, su notoria antigüedad se justificaba con el nombre de «puerta vieja». Un grabado del siglo XVIII, nos la ofrece ceñuda, alta, ancha, taladrada por algunas saeteras, y en el remate, con artificioso tejado sobre el juego de almenas, interrumpido por matacanes sobre resaltados mensulones. Muy fatigada de lluvias y humedades, su vetustez, en 1726 amparaba en el tránsito del arco la imagen de Nuestra Señora de Gracia, alumbrada en lentos atardeceres por los devotos de su Congregación.

Franqueada la puerta, el Camino Francés enderezaba el rumbo sobre el perfil moderno de la calle de San Juan, ceñida en su izquierda por huertas en urbana transformación o «puebla», extendiendo en ella el hospital de Lalo (mercaderes procedentes de Medina de Pomar), enriquecido en 1476 con huertas y casas construidas por Pero García de Lalo.

A la derecha, por el llamado Campo de la Moneda, penetraba el río Vena, en cuyas márgenes se levantaba un molino, propio, según tradición, del Conde Fernán González, y una iglesia de los Angeles, elementos que entraron en la fundación del Monasterio de San Ildefonso (Parque viejo de Artillería), fundado por don Alonso de Cartagena y terminado por su sobrino don Sancho de Prestines, a fines del siglo XV.

La calle llamada del barrio de San Juan, tomaba el nombre de «entramas puentes», en el tramo comprendido entre el puente de la Moneda y el puente del Canto, de gran trasiego e intensa animación, y expresamente mencionada en el siglo XIV como «Cal del Camino Francés». Viejas memorias de Cardeña guardaban el recuerdo de una avenida del río Vena, que en 1255 «echó las casas de Cantarranas e entramas puentes».

La casa de la Moneda (entre San Juan y plaza de Santocildes), fundada en el siglo XIII, daba el nombre al puente que guiaba a cielo descubierto la corriente del Vena, entre las calles de Cantarranas la Mayor (Almirante Bonifaz) y Comparada (Santander).

El tránsito de la calle se embarazaba con un «pontido» paso cubierto frente a la puerta de la Casa de la Moneda, que malhumoraba a Enrique III en sus viajes a la ciudad, a la que decía, en 1493: «quando yo vengo aquí, los mis pendones non pueden pasar enhiestos e eso mesmo las lanzas de armas e los que las traen an las de abaxar e quiebranse algunas veces a la pasada de los dichos «pontidos».

En puente del Canto, tendido sobre un ramal del Vena (que iba al descubierto por las modernas calles de Laín-Calvo y Paloma), prolongaba el camino de Santiago desde Entramas Puentes a la rúa de San Gil (hoy Avellanos). Al borde del río, junto al puente, se levantaba el palacio y torre del Canto, cabeza de mayorazgo instituido por Pedro de Cartagena, la personalidad más representativa de Burgos en el siglo XV, hermano del obispo don Alonso, y dramáticamente enlazado desde el Viernes Santo de 1453, con el lanzamiento, desde lo alto de la torre, del Contador Mayor de Castilla, Alonso de Vivero, ordenado por el Condestable don Alvaro de Luna, con la prisión de éste en el palacio y degüello de don Alvaro en una plaza de Valladolid.

La rúa de San Gil (hoy Avellanos) evocaba la iglesia de San Egidio, mencionada en 1163 como una de las parroquiales de Burgos, y su nombre

respondía a una de las tantas influencias de índole religiosa que el Camino Francés grabó en el sentimiento del pueblo burgalés.

Con estas influencias, llegaban inquietudes económicas de origen europeo por la calle de San Llorente (Fernán González), convertida en hogar de poderosos mercaderes, con voluntad de prosperidad para sus ambiciosas metas comerciales. Su abolengo venía de muy atrás; en 1297, la Reina doña María de Molina, a falta de salud y de dineros, «metióse en "unas andas encima de una acémila e fuese así a Burgos... e fué posar en la rúa de Sant Llorente, do moraban todos los mercaderes...».

Las suntuosas mansiones platerescas de estos potentados, las hemos visto desaparecer, como desaparecieron los palacios del obispo que estaban con ellas, y la pequeña iglesia de San Llorente, que, con su empaque, parecía presidir las litúrgicas solemnidades de la festividad del Apóstol. ofrecidas a la consolación del peregrino jacobeo. A la calle de San Llorente sucedía la de Cornería (desde la salida de la Llana o Pellejería a San Nicolás) con el decoro monumental de una estatua de Santiago en el esquinal de una de sus casas, perteneciente en los siglos XV y XVI a la familia Valladolid, mercaderes devotos del Apóstol.

La Cornería ceñía por el Norte la Catedral, que albergaba en su seno dos templos en honor de Santiago: Santiago de la Capilla y Santiago de la Fuente, éste con investidura de iglesia parroquial, adherida como oscura excrecencia hasta el siglo XVIII a su radiante monumentalidad.

El viento misterioso que animaba la piedra de las catedrales francesas a principios del siglo XIII, llegaba a impulsos de las peregrinaciones jacobeanas, con un aliento vital que imprimía libertad de movimientos y acentos expresivos a la estupenda estatuaría del Sarmental, y en ella a la del Apóstol Santiago, inmovilizado en la placidez de un ensueño. En el Sarmental, el Apóstol está representado con manto y bordón, según modelo compostelano, pero el pueblo español se holgó viéndole, posteriormente, jinete blandiendo un estandarte, sobre un caballo blanco de guerrera inspiración, basada en la batalla de Clavijo, y de esta forma aparece intercalado, como briosa estampa, en los corredores altos de la linterna del Crucero.

De la iglesia de San Nicolás, en cuyos muros frontales al Camino Francés, hubo proyectos de instalar en 1450 boticas o comercios para la provisión de los romeros, la ruta jacobea corría a lo largo de la calle Tenebregosa, hasta la puerta de San Martín.

La Tenebregosa, recordada el año 1260, a propósito de un incendio, era la más antigua de Burgos, al decir del embajador veneciano Navajero (año 1527), calle estrecha, lodosa y triste, habitada «por los mercaderes que andan en sus tratos no sólo por España, sino por todo el mundo,

siendo los hombres más corteses y honrados que ha visto en España».

En la longitud de la Tenebregosa se individualizaban diferentes tramos con sus nombres propios, equivalentes a colaciones o vecindades, dentro de la calle común que a todos comprendía.

Las casas del Conde Fernán González y del Cid, entrañables en el sentimiento patriótico burgalés, se utilizan como puntos de referencia, insustituíbles, en la localización de los elementos urbanos de la calle.

Las de Fernán González, incendiadas y derribadas en 1544, mantienen el recuerdo de su emplazamiento en el Arco erigido por la ciudad en 1587. En contacto con ellas, las «Carnicerías de enmedio» se fijaban con precisión en la Caltenebregosa, invadida por malos olores que infectaban el ambiente de calle tan principal, reñida con el decoro de una buena y noble posada, establecida junto a ellas en 1429, a plena satisfacción del Concejo burgalés.

A las traseras de ellas, el hospital de Nuestra Señora de Rocamador, anejo a la iglesia de San Román (barriada «La Social»), avivaba nostalgias a los jacobeos ultrapirenaicos, familiarizados con el santuario francés.

En el avance de la calle y en su perfil izquierdo, surgía el hospital de Santa María de la Gracia «que fizo Alfonso Yañez, mercadero vecino desta cibdad», aludido en 1467, y la iglesia de Vieja Rúa (antes del sepulcro del Empecinado), cuya integridad era amenazada de inminente peligro en el año 1527, se la situaba en el camino francés y en su distrito, colación o vecindad, en la imprecisión de la calle Salinera, la antiquísima iglesia de Santa Coloma, cedida por Alfonso VI a la Orden de Cluny, y a ella seguía vinculada en 1416, como dependiente del prior de Santa Matía de Nájera.

La iglesia de San Martín avanzaba hacia las proximidades del arco del mismo nombre, que ofrecía al tránsito jacobeo las inscripciones sepulcrales de sus muros, que perpetuaban la memoria de Alcaldes de Burgos de fines del siglo XIII.

Pegado al Arco, se mencionaba en 1415 «el Ospital que defico doña Eluira González... a la puerta de la entrada de San Martín, llamada Puerta Real». Volvió a ser aludido el hospital de Santa María la Real, junto a la puerta de San Martín, en el testamento del obispo Cartagena, en 1453. La banda izquierda de la Tenebregosa, caía en rápidos declives hacia lo que hoy llamamos paseo de los Cubos, por unas cuestas denominadas «Varguillas», entrecruzadas por un laberinto de callejuelas, en la que estaban enclavados numerosos hospitales de cortos vuelos y escasas rentas, como los de San Juan de Ortega, el de Dios Padre y el más conocido de Hanequin el Luengo, junto a la puerta de Santa Gadea, construído hacia 1447, «al servicio de Dios e pobres romeros peregrinos que van a Señor Santiago».

Al final de la Tenebregosa, en su banda derecha, las casas del Cid se situaban, en 1430, en el barrio de Peñavera, y en pie seguían en 1554 ante la admiración de Fernández de Oviedo, por la resistencia de los machones de pino utilizados en su construcción; en 1592, se las incluía en el barrio de San Martín, mas su aspecto ruinoso indujo a la ciudad a erigir otro arco semejante al de Fernán González, que enalteciera la memoria del héroe. El laudable propósito chocó con el agotamiento de las arcas municipales, y la ciudad hubo de resignarse con el modesto recuerdo que el siglo XVIII le dedicó, en lo que llamamos Solar del Cid.

La densidad del movimiento jacobeo coincidió en Burgos con la expansión comercial por los mercados continentales, formulada como característica sustancial de la vida económica y social burgalesa, saturada de aires europeos y sensible al influjo del pensamiento y de la política internacional.

Hospital del Emperador San Lázaro Puente de Malatos

La puerta de San Martín se abre sobre pendientes rápidas, en descenso a la llanada derecha del Arlanzón, en la que ha surgido el núcleo arrabalero de San Pedro de la Fuente, conocido, en una antigüedad ya remota, con el nombre de Barrio de Eras.

Aquí nació la primera institución jacobea establecida en Burgos por Alfonso VI en el año 1085, como alberguería para el servicio de pobres y sustentación de peregrinos, dotada con las villas de Arcos, Rabé, Castellanos, Villasedro, media villa de Armentero, la iglesia de San Juan Evangelista, cedida poco después a San Lesmes y un horno en el barrio de San Llorente. Sobre la Alberguería ostentaba derechos en régimen de señorío, un noble llamado don Julián, y sobre la vida interna de las villas regían las disposiciones del Fuero de Burgos.

Alfonso VII, el mismo día —30 de abril de 1127— que rescataba de los aragoneses el castillo de Burgos, premiaba los servicios de Domingo de Valzalamio y de Pedro Rodríguez, dándoles la tenencia o posesión de la Alberguería de Burgos, que al año siguiente —1128— entraba en el señorío de la Catedral, por merced real al obispo don Simeón. Más tarde, al confirmar los fueros de la Alberguería, en 1157, Alfonso VII la designa

con el nombre de «burgensi hospitali», denominación que eclipsará definitivamente la de Alberguería.

El obispo don Mauricio, en 1215, nombró administrador o tenedor del hospital al Señor Fernán González y a su mujer doña Helena, cuya generosidad había incrementado los bienes del «Hospital del Emperador» mediante su donativo de dos mil aureos (morabetinos).

A su servicio aparecían adscritos presbíteros y hermanos, directos dependientes del rector o comendador del Hospital, simbólicamente representado en sello de cera con busto de un rey coronado sobre Cruz de Calatrava, con la inscripción + Sigillum Hospitalis Imperatoris + (P. Alfonso Andrés).

Los desastres de la contienda dinástica entre Pedro I y su hermano Enrique de Trastámara alcanzaron a los bienes del Hospital, saqueado por las Compañías Blancas al servicio de don Enrique, que utilizaban los materiales de casas y molinos, que ellos mismos destruían, para preparar «engenhos», o sea, máquinas y artificios de guerra. Enrique, rey en 1369, al reconocer los daños sufridos por el «nuestro hospital que dizen del Emperador», creyó indemnizarle con 3.000 maravedís anuales sobre los diezmos reales de la villa de Castro-Urdiales.

La vida del hospital se apagaba por falta de recursos. La caritativa amplitud deseada por su fundador no podía lograrse con las rentas de sus pobres aldeas y la generosa aspiración la recogió el Hospital del Rey, engrandecido con regia fastuosidad, a no muy corta distancia del barrio de San Pedro.

En el privilegio de 1369, Enrique II no aludía a los males de los saqueos soportados por los peregrinos, sino sobre pobres y vagabundos; la antigua Alberguería quedaba, pues, reducida a uno de tantos hospitales que proliferaban en el ambiente burgalés, cuyas rentas se iban convirtiendo en beneficio de quienes las administraban. Hasta su renombre tradicional se oscureció al descender de una primera categoría reservada a principios del siglo XVII, a los del Rey, San Juan y Concepción, éste fundado en 1562 por el noble burgalés don Diego de Bernuy.

Y de hecho se extinguió a principios del siglo XVII. En 1604 ocupaban los edificios del Hospital las monjas del monasterio de San Benito del lugar de Los Ausines y al frente de ellas su abadesa doña Juana de Compludo daba, en 1606, por definitivo el traslado al vender al concejo del lugar, en 3.800 ducados, el edificio monasterial y todas las propiedades que la comunidad poseía en el término y pueblo de Los Ausines.

CASA DE SAN LAZARO Y PUENTE DE MALATOS

Esta barriada de San Pedro, tramo obligado del Camino de Santiago, salvaba el Arlanzón por el puente de Malatos. Su rotunda significación aludía a los desdichados hundidos en la miseria y el dolor del mal de San Lázaro, a estos espectros repelentes de llagados leprosos, incorporados furtivamente a la ruta jacobea con ilusión de misericordia puesta en el Apóstol, pero abandonados a la desesperanza en fatigosas jornadas y en la soledad de caminos que sus llagas ensanchaban.

La caridad les recogía en leproserías o casas de San Lázaro, fuera del recinto de las ciudades y ya en 1165 existía una colonia de estos infirmos en el barrio de San Pedro, a la que el obispo burgalés Pedro, donó una tierra junto al puente, en correspondencia de humildes ofrendas de juncos y espadañas entregadas por los leprosos en la jubilosa fiesta de la Asunción de Nuestra Señora en la Catedral.

Y desde entonces, las mandas piadosas no olvidaron «a los lazrados de la Casa de San Lázaro de Burgos e de Villa Ayuda» apartados como los demás Malatos y Gafos de toda convivencia social rota, desde el momento de ser declarada la enfermedad en el doliente, obligado a presentarse vestido de negro el domingo siguiente a la puerta de la iglesia, donde ya le esperaba el sacerdote para ser rociado de agua bendita, oír una misa «pro infirmis» y ser conducido procesionalmente hasta la leprosería y cabaña que en ella se le destinaba, de suelo espolvoreado con tierra del cementerio vecino, para escuchar las terribles palabras «Sis mortuus Mundo, vivus iterum Dei».

La sentencia que les excluía del Mundo, les confinaba en vastos retiros de estremecedores silencios en las casas de San Lázaro dispuestas en Villayuda y barrio de San Pedro, que su helado humor tendía a rechazar, contraviniendo los pregones aireados en 1519 en nuestra ciudad, que prohibían que ninguna persona del mal de San Lázaro anduviese por ella, so pena de cincuenta azotes,

La Casa de San Lázaro, en el barrio de San Pedro, disponía de extensa huerta que por sus traseras llegaba hasta el pontón de los Anadinos y de una capilla o iglesia en construcción en 1451 por Garcí Fernández de Frías, investido del cargo de provisor de la Casa y Orden de San Lázaro, heredado de sus padres y abuelos. En 1481 el cargo le ostentaba Rodrigo de Maldonado.

A fines del siglo XV, los tanadores o curtidores de Santa Gadea, establecieron cerca del puente de Malatos las tenerías nuevas, a cuyos propietarios Juan y Catalina de Gamarra se debe probablemente la fundación del hospital de Santa Catalina de los Tanadores en el arrabal de San

Pedro, institución gremial de caridad, indicada para reducirse en ella, a mediados del siglo XVI, la Casa de San Lázaro.

El puente de Malatos se enlazaba con referencias del año 1165, pero su existencia remonta a fechas más lejanas, pues sin él, resultaría inexplicable el tendido del Camino Francés y el paso a través del Arlanzón.

Amplias graveras, que el sol reseca y blanquea, delatan el carácter torrencial del río, cruzado por este puente encauzador de peregrinaciones en humanas riadas, que superaban al mezquino caudal que bajo sus vistosos arcos pasaba, embestidos en aciagas contingencias por la violencia de las aguas, que la fusión de nieves y las lluvias copiosas descolgaban con fragoroso estruendo de las sierras próximas.

Del año 1296 queda en las Memorias viejas de Cardeña el relato de unas avenidas con desastres y desplomes para el puente de Malatos. La riada de 1583, esparció ecos de catástrofe. Rotos los paredones del río y las manguardias de los puentes, desbordó cauces y deshizo calzadas; el furioso turbión conmovió los cimientos del puente de Malatos, roto y desencadenado quedó, en la estampa lamentable de su fragilidad e inútil angostura, sólo accesible a peregrinos, mulateros y recueros, ya que de tiempos anteriores el paso de carretas se impidió con hitos de piedra colocados a la entrada del puente, penoso carreteo, por otra parte, que no se conformaba con la agria subida a la puerta de San Martín.

El tiempo y las embestidas del Arlanzón, han golpeado las viejas estructuras del puente, gastadas y consumidas en reparos y reconstrucciones, que han dado al olvido la primitiva fisonomía y a sus modernos perfiles un aspecto de cansada pesadez.

Se desvaneció en él la silueta del romero Compostelano y la huella de una arriería que se alejaba hacia polvorientos caminos... y el puente de cara al paisaje inalterable, transpira melancolía en la calma infinita de los atardeceres.

El Hospital del Rey

A fines del siglo XII, Alfonso VIII de Castilla y su esposa Leonor de Inglaterra, levantaban en la placidez campesina de la vega del Arlanzón, inmediata a Burgos, el monasterio de Las Huelgas y el Hospital del Rey. La iniciativa de la doble construcción fue recogida en las Cantigas del Rey poeta Alfonso X, biznieto del fundador:

«...En Burgos moraba
e un hospital fazía
El, e su moller labraba
O mosterio das Oigas».

El paraje del hospital, a la vera de la calzada santiaguesa, entre blancas arboledas y el río Arlanzón, fue familiar al torrente de peregrinos que en él encontraban descanso reparador, alivio a sus dolencias y un aliento de consolación que, a despecho de idiomas y razas, a todos hermanaba en una unidad de creencia.

El monarca le dotó con esplendidez: su hijo, el malogrado Príncipe Fernando, muerto en 1211, le distinguió con sus preferencias, y el Papa Gregorio IX, en 1235, confirmó la fundación e incorporación del Hospital del Rey al monasterio de Las Huelgas.

Del primer siglo de su existencia, el acento románico persiste en el ojival cisterciense de las puertas de la iglesia y de la Magdalena, con acceso por esta última a la enfermería del hospital y viejas dependencias, en las que no hace muchos años agonizaban bellísimas techumbres mudéjares, con gentiles tracerías e inscripciones arábicas, enlazadas, por su gusto depurado, con las existentes en el claustro de Las Huelgas, ya definitivamente perdidas en lamentables abandonos.

Es posible atribuir a Alfonso X la deslumbrante ornamentación de estas regias construcciones, con una marcada inclinación por ensalzarlas y prestigiarlas en frecuentes visitas, no olvidadas por sus sucesores.

En 1272, acudió Alfonso X al hospital, para enfrentarse con la coalición armada, bajo bandera de sedición, de los grandes señores, exigentes en sus pretensiones de restaurar el Fuero Viejo de Castilla, código nobiliario mandado compilar en este mismo hospital por Alfonso VIII, en 1212, y que hubo de otorgar ahora el Rey Sabio, con evidente menoscabo y humillación de la Corona. Y es en el hospital donde, según la tradición, fue publicado y promulgado, en los primeros años de Pedro I (siglo XIV), el Fuero Viejo, desde un balcón de la Casa de Romeros, anterior a la que existe actualmente.

Sancho IV dio seguro en 1288 a miles de ovejas que constituían la cabaña del hospital, y Fernando IV reconoció el derecho a trescientas arrobas de aceite libre de portazgo, para el abastecimiento anual.

Alfonso XI creó en Burgos un ambiente de exaltación caballeresca, con su coronación en Las Huelgas, el año 1332. En los días que precedieron a las solemnidades realizó la peregrinación a Santiago, en cuya iglesia fue armado caballero y elevado a la Orden de Caballería, por la estatua del Apóstol dispuesta, con su brazo articulado, para descargar la

«pescozada» o espaldarazo, imagen de la que el monasterio burgalés guarda una réplica del siglo XIV.

De la Orden de Caballería participó la Nobleza de Castilla, congregada en la ciudad, y alcanzó a los nutridos contingentes de franceses, ingleses, alemanes y gascones que, por aquellos días, frecuentaban las calles de Burgos en su ruta por el Camino de Santiago, con invitación señalada del Rey, a los de noble condición, a intervenir en las justas entre caballeros, para cuyo realce el monarca ofreció, gentilmente, armas y caballos.

Intervino Alfonso XI en la administración del hospital, encomendada al Comendador y doce Freires, hidalgos notorios, con hábitos de la forma y color de la Orden de Calatrava, si bien para diferenciarles de ésta señaló en 1328 sobre sus mantos y tabardos la ostentación de un castillo pequeño, dorado, sobre campo bermejo. Ocho Freires de honrados linajes y ocho capellanes para el servicio de la iglesia y capilla de los romeros, completaban el plantel de la benéfica institución.

A su cargo corría la asistencia de romeros en su hospedería, famosa en toda la ruta jacobea, por la copiosa alimentación distribuida: «Allí se daba de comer y beber hasta saciarse», dice un itinerario de romería alemán del siglo XVI.

Y el ambiente hospitalario de su enfermería recogía con cristiana solicitud a los peregrinos dolientes, postrados en lechos, donde la salud renacía o la vida se apagaba, en una postrera modulación de salmodias jacobeanas, emitidas con acentos de todas las lenguas europeas.

La creciente afluencia de romeros despertó los recelos del Rey Fernando el Católico, ocupado en 1512 con la conquista del reino de Navarra, al comprobar la existencia entre ellos de espías con hábito de peregrino, lo que le movió al desvío por Calatayud de las rutas de romería, con cierre de las procedentes de Guipúzcoa, Navarra y Rioja, y el castigo de cincuenta azotes a los peregrinos encontrados en los caminos prohibidos; una providencia complementaria disponía la recogida de soldados alemanes en su viaje de peregrinación a Santiago, y los avisos necesarios para que se incorporaran a su capitán Gote, que el Rey Fernando había tomado a su servicio en el citado hospital del Rey.

Suspicias de igual índole alertaban a las autoridades burgalesas ante los nutridos contingentes de romeros, registrados en número de 6 580 en los libros del Hospital del Rey, en los primeros meses del año 1634, muchos de ellos mozos robustos, sin el acompañamiento de hombres y mujeres, como era habitual, sin pedir limosna y con copia de doblones para proseguir el viaje, circunstancias que imponían recelo y prudencia de los regidores de la ciudad, para evitar «el encono en los ánimos de los reyes, habiendo ahora paz entre Francia y España».

En 1657, la guerra existía entre las dos naciones, y el Consejo Real, alarmado por el paso de más de tres mil peregrinos de enero a Junio, con predominio de jóvenes franceses, armados, de veinte a 36 años, ordenaba que todos los franceses vestidos de peregrino fuesen detenidos, con riguroso examen de sus ropas, armas y papeles, y severamente castigados si de las indagaciones resultaban delitos «de exploración y de conspiración».

Sobre la suntuosidad medieval desaparecida, han florecido galas platerescas que la estética burgalesa del siglo XVI imprimió en portadas y pórticos.

La Puerta de los Romeros se abre bajo volada crestería de bichas y flameros, con empaque de retablo, embellecido de pilastras esmaltadas de grotescos y resalte de columnas abalaustradas típicamente burgalesas. Una hornacina avenerada con la estatua sedente de Santiago la preside, entre armas de Castilla y de León, y un ático sobre el busto de Alfonso VIII, la corona, con impulso alado del arcángel San Miguel. En el dorso, la imagen de Santa María, flanqueada de blasones imperiales. El bello ejemplar plateresco se fecha en 1526. No se conoce su autor, pero en 1524 figura al lado de los comendadores y dentro del hospital un «Maestro Juan Cantero, vecino de Burgos».

La puerta da paso a un patio rectangular, desamparado de las caricias del sol, húmedo y yerto, en una soledad de densas melancolías.

Unas arcadas neoclásicas recorren el frente, sombreando la puerta de la Magdalena, y un hueco de arco acasetonado, del primer tercio del siglo XVI, con profusión de frutescos y bichas atormentadas de la escuela de Siloe.

En uno de los lados del patio, la Casa de los Romeros, construída en 1549, cerrada a un interior abovedado y ruinoso, mantiene la deliciosa portadita inscrita en el vuelo de un arco, con acentos de una Piedad, hornacina, medallones y frisos de niños angélicos en ventanales platerescos, evocadores del arte de Juan de Vallejo.

En el otro, el pórtico de la iglesia afina los motivos platerescos con la lograda plenitud de sus cuatro bellas arcadas, apeadas en pilastras con resaltes de columnas coronadas por hornacinas vacías, bustos, sobre veneras, timbres heráldicos y expresivas cabezas, recorren con holgura un friso bajo un antepecho o cornisa de columnas y flameros, roto en el centro por un ático, donde, entre blasones, el Apóstol batallador galopa.

Obra avanzada del siglo XVI, fue restaurada en 1771, con indiscutible fidelidad a su primitiva fisonomía.

Bajo el pórtico, la puerta de roble de la iglesia, con talla vigorosa y realista, conserva la estampa estremecida de palpitante vitalidad de pere-

grinos jacobeos con el impulso infatigable de interminables jornadas,

En tiempos más próximos, los monarcas de la Casa de Borbón, del siglo XIII, edificaron el moderno hospital en los linderos del Parral, parque hoy resentido de abandonos, umbría deleitosa en un ayer no lejano, con floridas praderas, rumores de regatos y algarabía de pájaros.

A través del Parral se llegaba a la Puerta de Romeros y a la ermita de San Amaro, levantada en el viejo Camposanto, de almenados tapiales. Allí duerme, acompañado de exvotos y bajo estatua yacente, el cuerpo del peregrino desconocido, pero no olvidado en la memoria de los burgaleses, unidos a él por una tradición popular de fervores.

Por el páramo burgalés: HORNILLOS

El Arlanzón a su salida de Burgos, era un peligro permanente para el Camino de Santiago, amenazado con desbordamientos que anegaban tramos de la ruta o rompían los malecones que trataban de contener los impulsos de su corriente torrencial.

La gran crecida de 1582 maltrató los muros de contención frente al Hospital del Rey, imponiéndole la urgencia de rehacer uno, roto por las aguas, que afectaba al camino real que iba a Tardajos «que llaman Camino francés por donde se va a Santiago de Galicia», «donde en peligro de ahogarse peregrinos y frailes» y de actuar con diligencia para remediar un pontón que llaman de Santiago «ques más abaxo del hospital del rrei camino de Tardajos».

La ruta Santiaguesa se guiaba desde el hospital del Rey por la vega del Arlanzón hacia la Casa y iérmino de Ramón Bonifaz, conocido con el nombre de Hospital de Johan Maté, cuya existencia se remontaba, por lo menos, al año 1221 y que a juzgar por los blasones de estos Maté, parecían ser parientes de los Bonifaz de Burgos, representados a mediados del siglo XIII por el Almirante Ramón Bonifaz y con otros del mismo tronco residentes en Villalvilla en 1315 como el «Maestre Remond especiero de la reina doña María (de Molina) en Villalviella».

Suenan diversos Ramón Bonifaz como patronos y rectores del hospital, que en realidad constituía un barrio de Villalvilla integrado en 1515 por cuatro vecinos vasallos del Obispo de Burgos.

Uno de éstos, don Ramón Bonifaz de Zúñiga, vivió, en el horizonte campesino de Villalvilla en 1588, días de angustiosa incertidumbre por

la suerte de su hijo Ramón Bonifaz de Vega, el servicio del rey Felipe II en las tristes jornadas de la Invencible, en los mares de Inglaterra.

En septiembre de 1592, la Ciudad mandó se hiciera una enramada en el hospital de Juan Maté «que está en el camino por donde ha de venir Su Majestad» el rey don Felipe, de Tardajos a Burgos.

Antes de llegar a Tardajos, el camino franqueaba el Arlanzón por el puente del Arzobispo, nombre que no sabemos aluda a ningún prelado de la diócesis burgalesa investido de esa dignidad que aparece en nuestra Catedral a fines del siglo XVI, y en cambio, el nombre del puente, es muy anterior a esa época.

Oter de Alüs y Oterdaíos, son vocablos que designaban a Tardajos en el siglo XII, cuando la poderosa familia de Lara poseía, no lejos del puente del término del hospital o alberguería de San Juan, en vías de repoblación en 1147 por la Condesa Eva Pérez de Trava, viuda del conde Pedro González de Lara.

El hospital pertenecía en 1182 al Obispo de Burgos, y años después entraba en el señorío del prelado un barrio de la villa de «Oterdaíos» que estaban en la Merindad de Castro Xeris «et treinta y cinco vecinos y el monopolio de pesca en un tramo del Arlanzón, llamado río de la Obispalía.

Este matiz señorial de la villa de Tardajos, se desvanecía entre el gran ascendiente de la ciudad de Burgos, que imperiosamente disponía de las casas de la villa para alojamiento de los procuradores de Castilla, asistentes a las Cortes de Burgos de 1391, pero le mantenía en toda su plenitud, al rechazar Burgos en 1546 el reparto comarcal para el aderezo del puente de Tardajos, basándose en que la villa era del Obispo y el puente no está en el término de la Ciudad, sino en el de la villa de Tardajos.

Un crucero del siglo XVI se levanta en Tardajos como indicador de la ruta seguida hacia Rabé de las Calzadas, cuya situación entre el Arlanzón y el Urbel nos lo recuerda un diploma del Conde Fernán González en el año 949.

Rabé fue donado al Hospital del Emperador en 1085 por Alfonso VI, y su patronato fue disputado por los obispos burgaleses.

Uno de éstos, don Luis Osorio y Acuña (1457-1495) de fastuosa altivez, dió un acento feudal al ambiente del lugar, con el castillo que el prelado levantó, circundado de cierto renombre como partidario de la Beltraneja frente a Isabel de Castilla en la guerra de Sucesión (1475-76).

El triunfo de la Reina Católica recluyó durante largas fechas al levantisco prelado en la fortaleza de Rabé, blanco de la animadversión de los vasallos de las villas episcopales, forzados desde sus lugares el trans-

porte, a ella, de cargas de vino desde Sasamón y Villasandino el pago de cuantía de maravedís a su alcaide Juan de Cuéllar, exigente y duro en la percepción de estas tablas y servicios corporales, de las que pudieron liberarse, por la bondad del obispo Fr. Pascual de Ampudia (1497-1512), sucesor en la diócesis de Acuña.

La arrogancia semifeudal desapareció en la fortaleza, y en la placidez aldeana de Rabé, surgieron en el siglo XVI las líneas de un palacio campesino, con sus torres, muros, portadas y remates de clásicas bolas, adquirido de la testamentaría de la Condesa de Montalvo por don Diego de Riaño y Gamboa, presidente del Consejo de Castilla y esclarecido burgalés sublimado por Felipe IV con los títulos de vizconde de Villagonzalo de Pedernales y Conde de Villariego, en reconocimiento a los servicios de su sobrino don Juan Riaño y Gamboa, regidor de Burgos, muerto gloriosamente en 1659, en la desdichada acción de Yelbes, sostenida con los patriotas de Portugal. En esta nobiliaria mansión falleció el noble varón en 1663.

Desde Rabé la ruta jacobea ascendía por el parameral o altas llanadas, dilatadas en soledades, transidas de serenidad y de luminosos abandonos e inertes en una horizontalidad, extinguida en lejanías de cerradas brumas.

El camino, interrumpido y roto por el arado, desaparece a trechos, como ha desaparecido, en este tramo de Rabé a Hornillos, el hospital de Santa María de Torres, situado en documento de 1181 en la «Strata que dicitur ad limina beati Jacobi», dirigiéndose hacia el valle del río Hormaza, entre desarboladas lomas coronadas por la desolación de calveros.

A corta distancia de la villa del Hormaza, río que rueda mansamente, recogiendo en la lentitud dormida de sus aguas, reflejos de arboledas que le guían y le escoltan, Hornillos o Fornellos, clavó heroicamente sus raíces, en los días remotos de su existencia visigoda, cuya cultura aflora en una necrópolis, con abundancia de cerámica y utensilios de bronce y cobre, en laboriosas excavaciones de los monjes de Silos.

En 1156, el emperador Alfonso VII, donaba al monasterio de San Dionisio, de París, la villa realenga de «Fornellos, in vía pública peregrinorum que «ducit ad Sanctum Iacobum».

Sin tener en cuenta esta merced, su nieto Alfonso VIII ofrecía en 1181 a la casa benedictina de Nuestra Señora de Rocamor, establecida en Hornillos y regida por un prior francés dependiente de la Abadía de San Martín de Tuble, la citada villa de Fornellos. Santa María de Rocamor constituía uno de los focos de influencia francesa mejor calificados del Camino Francés por tierras burgalesas, y el aire que allí se respiraba, multiplicaba los ecos de un idioma que alentaba las esperanzas de los nume-

rosos peregrinos de la nación vecina, preferentes en la cordial solicitud de los monjes franceses del prior Estebano, que integraban la casi totalidad de su comunidad en el año 1224.

La iglesia de Rocamador, percibía de los vecinos de Hornillos ciertos tributos, entre ellos una vaca o su equivalencia en dinero, aprontada cada año por su Concejo. Tiempos después, Hornillos entró en la Señoría del monasterio de Cardeña y su posesión fue disputada en 1529 por la Ciudad de Burgos, como señora de la jurisdicción de Muñón a la que Hornillos pertenecía.

Hornillos, con caserío prolongado al borde del camino, a estilo jacobeo, siente la ironía de un apellido inútil, al interrumpirse, en aislamiento de soledades, la gran ruta medieval al santuario del Apóstol y al apartarse en nuestros días de la carretera que sigue el valle del Hormaza desde Villanueva Argaño a Estépar. Los diferentes señoríos que la poseyeron, no alumbraron perspectivas de prosperidad al modesto lugar casi extinguido por la epidemia del año 1565 que redujo de cuarenta a trece el número de vecinos fatigados en el cultivo de sus pobres labranzas.

Por el páramo burgalés: CASTROJERIZ

A la salida de Hornillos, la ruta jacobea seguía por el páramo de la «Calzada», desvanecida a trechos por el arado y medio abandonada por la disminución y desvío de romeros hacia otras de aliento más humano, y prácticamente perdida en la visión del parameral, seco, áspero, desnudo, prolongado en el desamparo de lejanías de estremeceadora tristeza.

Una pequeña fuente señala el despoblado de San Bol o Baudilio, y más hacia el Oeste, el páramo en descenso nos acerca al vallejo de San Antonio y al camino vecinal de Castellanos a Castrojeriz, donde está el lugar de Hontanas, expresivo de un paraje abundante de fuentes y manantiales u hontanares.

Alfonso VIII, hizo merced, en 1203, a su dilecto Arloto de Marzán, noble de Gasuña, de la villa de «Fontanas, in publico itinere Sancti Jacobi sitam», el cual se desprendió de ella en favor del obispo de Burgos, mediante 500 monedas de oro que el prelado le entregó.

En el término de Hontanas, Alfoz de Castrojeriz, existían en 1521 las villas de Quintanilla y Valdemoro «in Strata Sancti Jacobi», donadas

por Fernando III al obispo Mauricio, días antes de poner el Monarca la primera piedra de la Catedral burgalesa.

Como cámara del obispo, los vecinos de Hontanas están obligados a transportar, a fines del siglo XV, a los palacios del obispo Acuña o a su fortaleza de Rabé, quince cargas de vino de Sasamón o Villasandino, o al pago de cantidad de maravedís, en rescate de este servicio, a su alcaide Juan de Cuéllar.

Un relato jacobeo del siglo XVII, de autor extranjero, nos ofrece la estampa deformada de un Hontanas reducido a diez o doce cabañas de pastores, acechadas por los lobos, prestos al asalto de la empalizada que las defendía. Sin embargo, pocos años antes, la realidad histórica de Hontanas destacaba en 1589, una iglesia parroquial y una población de cuarenta vecinos.

A corta distancia de Castrojeriz, las ruinas del monasterio de San Antón (siglos XIV y XV) mantienen el vuelo monumental de dos arcadas apuntadas, de aérea arrogancia, que planean sobre el camino convertido en pasadizo y atrio de la portada principal, levemente esculpura del templo derruido.

Siluetas tan originales de la ruta jacobea, debió ser captada por la retina de riadas de romeros y, en particular, de los «heridos del fuego de San Antón», especie de lepra que tan terribles estragos causó en la Edad Media, cuyo alivio se buscaba en la devoción al Santo y en el uso del Tau como preventivo del «mal de los ardientes».

El Tau (cruz en forma de T), signo con el cual —según ciertos escritores— el Angel del Apocalipsis marcará la frente de los predestinados.

En el año 1586, nos sale al paso «el muy ilustre señor Doctor don Jerónimo López Gallo (hermano del regidor de Burgos don Diego), Comendador Mayor general de la Orden y Encomienda del Señor Santanton en los reynos Despaña e de la Corona Real del rey Don Felipe (2.º) residente en la su casa y encomienda de Santanton, cerca de Castrojeriz».

La breve distancia a Castrojeriz es recorrida, en la quietud soleada de la vega, por el arroyo garbanzuelo, afluente del Odra y paralelo al camino de Santiago.

Castrum Sigerici = Castrojeriz, se ciñe en prolongada curva a la base de la enorme y eminente cumbre, de terrosidad inflamable y de vegetación tomillar, erguida como estampa de ingrata esterilidad, culminada en las macizas ruinas del castillo, con sus ciclópeos sillares, recios murallones, ventanales apuntados y hosca escalera de escalones desgastados, que desembocan en el infinito. Ni un escudo, ni una inscripción, en el silencio sugerente y, a ratos, trágicamente evocador.

El Castrum Sigerici surge en el año 882, en la alborada de nuestra nacionalidad, forjada, en vigorosos golpes contra la morisma, en estos yunques heroicos, estremecidos, siglos después, en presentimientos oscuros de unidad nacional, anticipada a la de los Reyes Católicos, y posible, si el matrimonio de Alfonso I de Aragón y de la reina Urraca de Castilla, hubiera cuajado en frutos de bendición en lugar de abismarse en sangrientas discordias, que alejaron de Castilla al monarca aragonés después de la entrega del castillo de Burgos, en 1127, y del de Castrojeriz, en 1131,

El encumbrado castillo, convertido en alcázar, fue alcanzado por los espasmos furiosos de Pedro I, al ordenar en él el asesinato de su tía doña Leonor de Castilla, reina viuda de Alfonso IV de Aragón. La regia y ensangrentada sombra vagó por los muros y torres del castillo siniestro, y en tanto los ecos del drama se apagaban, Pedro IV de Aragón y de Cataluña perpetuaba en sus memorias el trágico episodio «Feu dar mort a la reyna Doña Leonor, madastra nostra Hna. sua, la qual mort li feu dev en tal manera que la feu matar a moros, carnengun castellá noy volgue tocar...».

El sol que arranca destellos a los cristales de yeso en el cerro, alumbró en las torres de la fortaleza desde 1428 las enseñas de don Diego Gómez de Sandoval, conde de Castro, personaje vinculado a la ciudad de Burgos por sus arbitrajes de tipo municipal en el seno del Concejo burgalés. Por deslealtad a Castilla y a su rey, se extinguió en 1448 su señorío de Castrojeriz, que en 1452 pasó a Rui Díaz de Mendoza, cabeza de la segunda generación de los condes de Castilla, leales a España y a la política imperial de su rey, y que en contraste con el turbulento magnate al que sucedieron en el señorío, sacrificaron los intereses y mayorazgos de su casa al servicio de su espíritu nacional, encendido por las empresas del emperador Carlos V, por tierras de Francia, del Mediterráneo y del Danubio.

A la entrada de la villa, la ex-colegiata de Ntra. Señora del Manzano, se ofrece como magnífico ejemplar de transición del románico al ojival; tres naves con bóvedas de crucería y recios pilares, arco abocinado en la portada, flanqueada por estatuas góticas del misterio de la Anunciación, y sobre ella, la radiante claridad de un rosetón con las armas del cardenal Íñigo López de Mendoza (1533-1535). Elementos románicos en columnas y capiteles de las ventanas fueron respetados en la reforma del siglo XVIII, lo mismo que en las del primer cuerpo de la torre, rebajada en esta época, con rúbrica de vulgaridad en la media naranja que la remata.

Miembros de los Mendozas, condes de Castro y marqueses de Camarasa, invirtieron caudales de importancia en las obras de la ex-colegiata y en el presbiterio de la capilla mayor, a la sombra del retablo de la Anun-

ciación, de pictóricas estimaciones, construyeron sus sepulcros, aparatosa-mente adornados al gusto del siglo XVIII.

El caserío se ciñe al Camino de Santiago, prolongado a lo largo de una calle, donde se descubre el templo de Santo Domingo, con rica colección de tapices, y la iglesia de San Juan, a la salida del lugar, con retablo de tablas castellanas, arquerías de tres alas del claustro cisterciense de arcos ojivos sobre columnas pareadas y maderas históricas del siglo XV, en su bello artesonado de tipo mudéjar policromado, todo ello señoreado por la torre de románico abolengo y empaque de fortaleza, en la que alien-
ta un acento épico, creador de una monumentalidad que dio prestancia a los primeros días de Castilla.

Avanza la vía jacobea desde Castrojeriz, para salvar la corriente del Odra, por un puente de bajos tajamares, tendido en pasaje solitario em-
papado de melancolía, y alcanza el Pisuerga por Itero del Castillo, y su torre medieval, desmochada, hendida y vinculada a la casa de los Condes-
tables de Castilla, último pueblo burgalés del Camino de Santiago, perte-
neció en el siglo XVI a Fernán López del Campo, señor de Melgar de Fernamental, cuyo señorío fue confiscado por Felipe II, poco antes de la llegada y establecimiento de la Compañía de Jesús en 1590, con la finali-
dad de desarrollar actividades agrícolas en los fértiles terrenos del pueblo ribereño, «apacible en las vistas del campo, sotos y arboledas, río cauda-
loso de grandes pescas y de truchas barato...».

Itero del Castillo es evocado poéticamente como extremo del primiti-
vo Solar de Castilla, en el poema de Fernán González:

«Entonces era Castilla un pequeño rincón,
Era de castellanos Montes de Oca mojón.
E de la otra parte Fitero el fondón».

TEOFILO LOPEZ MATA